

como perros, sin otro sustentó, por lo comun, que el que sobra del que se da á estos animales domésticos. Solo los es licito padecer sin concedérseles la libertad de quejarse. Cada instante en peligro de apostatar, pues se les maltrata para obligarlos á renunciar la fe y abandonar la religion, y todo sin consuelo y sin alivio. Los pobres y los miserables que viven dentro de las poblaciones cristianas, vienen por sí mismos á esponernos sus necesidades; pero nuestros hermanos cautivos carecen de este consuelo. Es gran dureza olvidarlos porque no pueden venir á representarnos su miseria. Ten mucha compasion de aquellos pobres abandonados. No puedes hacer limosna mas cristiana ni mas grata á Dios y á la santísima Virgen. Haz esfuerzos de caridad para socorrerlos. En todos los pueblos hay cepos y cajas para la redencion, echa en ellas largamente toda la limosna que pudieres; algun dia sabrás que con ella conservaste la vida y la fe de algun miserable cautivo. Acaso no hay obra de misericordia que sea mas agradable á los ojos de Dios. «Las piadosas leyes de España anulan los testamentos en que no se deje alguna limosna para la redencion y para la casa santa de Jerusalem, que tambien se debe considerar en cierta especie de cautiverio. Con ninguna otra necesidad se practica semejante demostracion; señal cierta de que nuestros religiosos legisladores reputaron esta por la mayor y por la mas urgente. No te contentes, como lo hacen tantos, con dejar señalada una misma cantidad para cumplir con la corteza de la ley; esto en rigor mas es eludirla que observarla. Confórmate con su espíritu mas que con su letra, y cuando estés para comparecer delante de tu Redentor, acredita en tu última disposicion que quieres imitarle seriamente en el oficio de tal.»

DIA XXV.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN CLEOFAS, discípulo de Cristo, en el castillo de Emaus; el cual dicen que fué muerto por los judios por confesar á Jesucristo, y sepultado con gloriosa memoria en la misma casa donde le habia dispuesto la cena. (S. Lucas en el cap. 24 de su Evangelio, refiere la aparicion del Señor á los discípulos que iban á Emaus.)

SAN HERCULANO, soldado y mártir, en Roma; el cual se convirtió á Jesucristo viendo los milagros obrados en la muerte de S. Alejandro obispo, y despues de padecer muchos tormentos fué degollado en tiempo del emperador Antonino.

SAN FERMIN, obispo, en Amiens en Francia; el cual en la persecu-

cion de Diocleciano, por sentencia del presidente Ricciovaro, despues de padecer varios tormentos fué degollado, alcanzando así la corona de mártir. (Véase su vida en las de hoy.)

LOS SANTOS MÁRTIRES PABLO Y TATA su mujer, y SABINIANO, MÁXIMO, RUFO Y EUGENIO sus hijos, en Damasco: siendo acusados de que eran cristianos, fueron atormentados con azotes y con otros suplicios, en medio de los cuales entregaron sus almas al Señor.

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS BARDOMIANO, EUCARPO Y OTROS VEINTE Y SEIS MÁRTIRES, en el Asia.

SAN ANATOLON, obispo, en el mismo dia; era discípulo del apóstol S. Bernabé, y le sucedió en el obispado de Milan.

SAN LUPO (ó LOPE), que de anacoreta pasó á ser obispo en Lion. (Véase su vida en las de hoy.)

SAN ANAGARIO, obispo y confesor, en Auxerre.

SAN SOLENNIO, obispo de Chartres, esclarecido en milagros, en Blois.

SAN PRINCIPIO, obispo de Soisons, hermano del obispo S. Remigio, en el mismo dia.

LAS SANTAS VIRGENES AURELIA Y NEOMISIA, en Anagni. (Habiendo perdido á sus padres siendo aun de muy poca edad, vendieron todo su patrimonio, distribuyeron su producto á los pobres, y fueron á vivir á una soledad. Despues habiendo determinado venerar los santos lugares de Jerusalem, antes de partir hicieron voto de perpetua castidad. Luego de la Palestina pasaron á Roma á visitar el sepulcro de los santos Apóstoles, y por el camino se dignó Dios nuestro Señor acreditar su santidad con muchos prodigios. Desde la capital del orbe cristiano, regresaban al Asia cuando fueron detenidas por los sarracenos de Capua. En vano pretendieron éstos hacerlas apostatar de la fe con azotes y tormentos: el Señor las libró milagrosamente de las manos de sus enemigos y las condujo al territorio de Anagni, donde fueron hospedadas por un siervo de Dios, en cuya casa murieron acompañadas de santos ángeles. Su muerte la señala Baronio á principios del siglo XI.)

El Calendario del principado de Cataluña hace hoy conmemoracion de SANTA MARÍA DEL CERVELLON, ó del Socorro (en vulgar catalan del Socós), cuya vida se lee en las del dia 21 de mayo, conforme al Calendario de Castilla la nueva. El Martirologio romano hace memoria de dicha santa virgen el dia 19 de este mes. Véase.

SAN LOPE, OBISPO Y CONFESOR.

AUNQUE los escritores de las actas de S. Lope, uno de los mas célebres solitarios de Francia, y uno de los mas brillantes ornamentos del órden episcopal, nada nos dicen de su patria, padres y nacimiento; por lo que algunos le atribuyen lo que

el Apóstol á Melquisedec sin padre, madre, ni genealogía, derivando su origen de la eminencia de su virtud y de la grandeza de su dignidad; otros infieren la nobleza de su prosapia por la íntima familiaridad que tuvo con S. Segismundo, rey de Borgoña, quien por el conocimiento práctico de la justificada conducta de Lope, movido de un impulso superior, dicen que profetizó que no sería el santo jóven lobo devorador, como denotaba su extraordinario nombre, de divina imposición y no de disposición humana, sino un zeloso prelado que congregaría en el redil de la Iglesia muchas ovejas descarriadas del rebaño del Señor, surtiéndolas con los saludables pastos de doctrina celestial.

Aunque no nos consta de su primera educación, que se cree fué según las máximas de la religión cristiana por los progresos posteriores de su virtud, se sabe que el Santo pasó su juventud como otro Elías y Juan Bautista en la soledad del desierto, empleado en todos los ejercicios de una admirable vida solitaria; venerado como un prodigio de virtud por todos los que observaron la justificación de su conducta. Algunos quieren que este célebre prelado fué otro de su nombre, monge de Lerins, después obispo de Troyes; pero por varios monumentos auténticos sabemos que la soledad que sirvió de retiro á este siervo de Dios antes de ser elevado á la dignidad episcopal, no fué otra que la isla Bárbara, sita en el río Saona, cerca de Leon de Francia, que en tiempo de Lope no fué otra cosa que un desierto donde habitaban varios solitarios en sus respectivas celdas, bajo un inspector de conocida prudencia y virtud, á quien se sometían en todos los oficios de la vida monástica, á manera de los de la Tebaida y de la Nitria en el Oriente; por lo que algunos escritores dan el nombre de monasterio á aquel célebre eremitorio.

Sabemos por la historia de la vida de S. Lubin, obispo de Chartres, que fué Lope abad ó superior de aquellos solitarios, y que difundida la fama de su eminente virtud por todo el país, había llevado á Lubin á tomar lecciones de santidad de un prelado de tan edificativa observancia y austeridad de vida; cuya opinión general contribuyó asimismo, para que muerto el obispo de Leon, fuese promovido á aquella cátedra por aclamación de todo el clero y pueblo, á pesar de los esfuerzos de su humilde resistencia para escusarse de la dignidad, que no hubiera aceptado, si una especie de fermentación que se suscitó por su reluctancia no hubiera obligado al Santo á mirar con preferencia á sus comodidades solitarias los derechos de la paz.

Como por aquel tiempo sucediese la muerte de S. Segismundo, rey de Borgoña, á quien Godemar, que lo era de Orleans, hi-

zo prisionero, y mandó arrojar en un pozo con su mujer y con sus hijos; las turbaciones que sucedieron con esta desgraciada muerte, pusieron en tal consternación el país, que tuvo mucho que sufrir Lope en los increíbles males que padecía aquella tierra, que era el teatro de la sangrienta guerra y el objeto de las violencias de los borgoñeses. Los continuos ruegos y las oraciones fervorosas del afligido prelado movieron al cielo á proveer de remedio en tan fatal coyuntura, disponiendo el Señor que cayese la ciudad de Leon bajo el imperio de los franceses por la partición que hicieron entre sí los reyes Childeberto y Clotario del reino, después que arrojaron de aquel trono á su último rey Godemar, con cuyo motivo tomaron las cosas políticas otro mas pacífico temperamento, del que se supo aprovechar Lope para trabajar con infatigable zelo en la reformation de las costumbres de su pueblo, que habían padecido una sensible relajación en la irrupción de los invasores.

Todos los escritores de las actas de este insigne prelado celebran su gran prudencia y aquella sabia industria con que, sabiendo conciliar la simplicidad de la paloma con la sagacidad de la sierpe, gobernó como un diestro piloto la nave de su iglesia; y asegurándola con la áncora de la fe, la libró de los furiosos vientos de aquellas turbulencias y violentos insultos de los herejes; portándose con tanta justificación en los deberes de su ministerio, que satisfizo sin la menor queja todas las recomendables obligaciones que exige el Apóstol en los prelados perfectos.

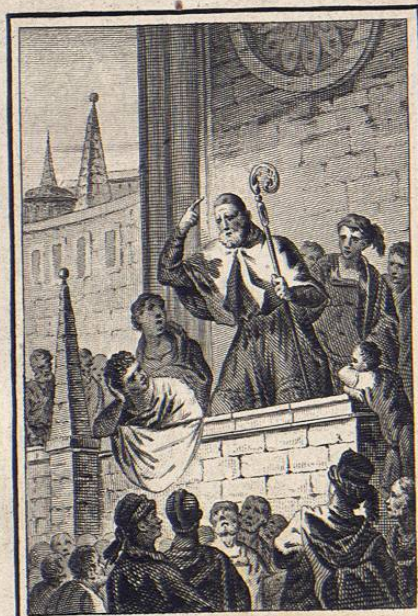
Echábanse menos algunas prácticas de regularidad en el estado y de exactitud en la disciplina, cuyos importantes objetos merecían examinarse con toda circunspección y establecer ciertas reglas que predefinesen lo conveniente. Celebróse á este fin el tercer concilio de Orleans, al que concurrieron diez y nueve obispos, los cuales por medio de treinta y tres cánones arreglaron los particulares con el orden que apetecía la materia. Y distinguiéndose en este negocio la gran sabiduría, la consumada prudencia y el fervoroso zelo de Lope por el bien de la Iglesia, le dieron á merecer los aplausos de sus cohermanos; entre los cuales, no obstante de hallarse algunos metropolitanos, suscribió el Santo el primero, por lo que se cree que fué el presidente de aquella célebre asamblea.

No se refieren las acciones particulares de este insigne prelado desde la disolución del concilio hasta poco antes del año 542 en que parece murió lleno de merecimientos, según se sabe por la memoria de los obispos de Leon, puesto que en este año ocupaba aquella silla Leoncio sucesor de Lope; cuyo venerable cuer-

po fué sepultado en la iglesia de la isla Bárbara, lugar que le habia sido siempre tan amable, que no dejaba de pasar á él muchas veces, despues de su elevacion al obispado, para conservar el espíritu de retiro, y aquella pobreza evangelica, humillacion y demás prendas religiosas que habia adquirido en tan recomendable soledad. La iglesia en que fué depositado, dedicada primeramente á S. Andrés y demás apóstoles, reedificada despues por el emperador Carlos Magno, reconoció por sus patronos á S. Martín y á S. Lope; pero habiendo padecido la misma desgracia que las demás de Francia en el funesto estrago que hizo el furor de los calvinistas en el año 1562, reservada por un prodigio particular la cabeza de S. Lope de la profanacion que los herejes causaron á todas las reliquias de los Santos, se volvió á colocar en el nuevo templo que reedificó en la misma isla Camilo Neufville, abad de ella, bajo el patronato antiguo de S. Martín y S. Lope.

SAN FERMIN, OBISPO Y MÁRTIR.

FUÉ S. Fermin natural de Pamplona, y su familia una de las mas nobles del país. Ocupaba su padre Firmo uno de los primeros cargos en el gobierno de la ciudad y del senado; ni era de menos ilustre nacimiento su madre Eugenia; pero ambos tenían la desgracia de ser idolatras como todo el resto de la ciudad, en la cual aun no se habia anunciado el Evangelio. Iban un dia juntos al templo de Júpiter para ofrecerle sacrificio en compañía de los demás ciudadanos, y en el camino, por dichosa disposicion de la divina Providencia, encontraron á un sacerdote de Jesucristo, llamado Honesto, que estaba predicando al pueblo el Evangelio de la salvacion. Detúvolos la curiosidad de oír al extranjero, cuya gravedad, cuya dulzura y cuya modestia los llevó desde luego toda la atencion; pero mucho mas los arrebataron las nuevas pero grandes verdades que le estaban escuchando. Acabado el sermón, le suplicaron se sirviese ir á su casa para esplicarlos á ellos mas despacio y mas en particular lo mismo que en general y rápidamente le habian oído anunciar á la muchedumbre. Condescendió gustoso S. Honesto; pasó á casa de Firmo, y éste le preguntó quién era, de dónde venia, y con qué autoridad intentaba esterminar la antigua religion que todos profesaban para introducir otra nueva. Respondió á todo generosamente que era cristiano, que venia de Tolosa, que con mucha honra suya era capellan del santo obispo Saturnino, quien le habia enviado para disipar las tinieblas del error en que



S. FERMIN, O. Y M.
PATRON DE NAVARRA.

vivian, y para descubrirlos el camino de la vida eterna. Encantado el senador de su santa conversacion, le manifestó el gusto que tendria en conocer y en tratar al obispo Saturnino, y le dió esperanzas de que recibiria el bautismo. Prometióle Honesto que le cumpliria ese gusto, y que solicitaria que le viniese á ver el obispo. Con efecto, siete dias despues entró en Pamplona san Saturnino. Luego que predicó públicamente á Jesucristo, se convirtieron á la fe cuarenta mil personas á ejemplo de Firmo, Fausto, Fortunato, todos tres senadores y primeros magistrados de la ciudad. Edificóse una iglesia, que á pocos dias fué necesario hacerla mas capaz; en breve tiempo abrazó la religion cristiana toda la ciudad de Pamplona. Restituyéndose S. Saturnino á Tolosa, dejó á cargo de Honesto el cuidado de aquel rebaño, cuyo principal ornamento era Firmo y toda su familia por el zelo y por la piedad que resplandecia en toda ella.

Tenia Firmo un hijo llamado Fermin, que á la sazón solo contaba diez años de edad, y deseando asegurarle una santa educacion, le entregó á la enseñanza del santo presbítero Honesto, de cuyas manos habia recibido el bautismo el mismo niño Fermin. Á favor de tan noble maestro, de su escelente ingenio y de su bello natural, hizo Fermin en breve tiempo tan rápidos como ventajosos progresos. Descubrió muy desde luego una como natural inclinacion á todo lo bueno; tanto, que por su virtud, por su tierna devocion y por su amor á la pureza reconocieron todos tenerle destinado Dios para ser con el tiempo digno ornamento de la santa Iglesia. Fué admitido en el clero á la misma entrada de su florida juventud; y á los diez y ocho años de su edad ya predicaba con admiracion del público, cuando la avanzada edad y los achaques de S. Honesto no le permitian ejercer este ministerio. Creciendo con los años la virtud, y manifestándose cada dia mas y mas sus singulares talentos, determinaron sus padres enviarle á Tolosa para que bajo la disciplina de Honorato, obispo de aquella ciudad y sucesor de san Saturnino, se perfeccionase en el estado eclesiástico. Edificado el obispo de Tolosa así de la virtud como del extraordinario mérito del discípulo de S. Honesto, y conociendo sus raras eminentes prendas, resolvió elevarle á los sagrados órdenes; y despreciando las resistencias de su profunda humildad, le ordenó primero de presbítero, y despues le consagró obispo de Pamplona. Envióle á cuidar de su rebaño, y al despedirle le dijo: *Alégrate, carísimo hermano, porque Dios te ha escogido para vaso de eleccion. Siendo ya pastor de las almas por la gracia del Señor, parte inmediatamente á tener cuidado de tu grey, y des-*

empeña con fidelidad el sagrado ministerio que Dios te confió en tu consagracion.

No se pueden explicar las demostraciones de alegría con que fué recibido de su pueblo. Comenzó luego á cumplir con las funciones de su estado, y desde que se dejó ver en el púlpito conocieron todos que Dios los habia dado por pastor á un nuevo apóstol. Recorrió luego toda la diócesi, haciéndose todo á todos por ganarlos á todos para Jesucristo. La misma idolatría, que estaba como atrincherada en aquellas faldas de los Pirineos, parecia ahora como que iba huyendo delante de S. Fermin. Arruinó muchos templos, hizo pedazos los idolos, y fué tanto el número de las conversiones, que en muy breve espacio de tiempo se llenó todo el pais de fervorosos cristianos.

Animado su zelo con tan felices sucesos, juzgó ser estrecho campo toda la Navarra para satisfacer los incendios de su amor. Ordenó suficiente número de presbíteros para que cuidasen de aquella nueva cristiandad, y penetrado su corazon con las palabras de Cristo: *Id, y enseñad á todas las naciones*, resolvió partir á llevar la luz de la fe á los gentiles, esperando hallar entre ellos la corona del martirio. Entró en las Gaulas, donde estaba furiosamente encendida la persecucion contra los cristianos; y llegando á la ciudad de Agen, se encontró con un santo presbítero, llamado Eustaquio, que le detuvo algun tiempo para confirmar los fieles en la fe, y disponerlos para la persecucion que á manera de un fuego violento y arrebatado se iba extendiendo por todas las Gaulas. Salió de Agen, y pasó á la Auvernia, desafiando los peligros, predicando la fe de Jesucristo con una intrepidez que admiraba á los mismos paganos, y atacando la idolatría hasta en aquellas fortalezas en que reinaba con mayor imperio.

Hallándose en una ciudad de Auvernia tuvo una célebre disputa con dos gentiles de los mas considerables y de los mas obstinados, que se llamaban Arcadio y Rómulo. Mostrólos S. Fermin tan clara y tan evidentemente la locura y los errores del paganismo, haciéndolos al mismo tiempo tan palpable evidencia de la verdad y de la santidad de nuestra religion, que los convirtió; y habiéndolos instruido, los confirió el bautismo: conquistó que ganó para Jesucristo la mayor parte de los pueblos de aquella nacion. Animado el santo apóstol á nuevos trabajos con estas conquistas, se trasladó á Angers, donde en quince meses de residencia consiguió grandes victorias de la idolatría, haciendo entrar en el rebaño de Jesucristo inmenso número de ovejas escogidas. Como ningun estorbo era capaz de detener ni de mo-

derar la actividad de su zelo, apenas ganaba un pueblo para Jesucristo cuando corria á otros para plantar en ellos el estandarte de la fe. No es fácil explicar lo mucho que padeció en estas escursiones apostólicas. Privado de todo humano consuelo, oprimido de fatigas, agobiado del peso de los trabajos, perseguido y maltratado de los paganos, y en continuo peligro de la vida, nada fué bastante para poner límites á su fervor y á su zelo. De la provincia de Anjou pasó á la de Normandía, donde esparció por todas partes las luces de la fe, haciendo tan prodigiosa multitud de conversiones, que con razon se le puede apellidar el apóstol de aquella provincia, como de muchas otras.

Creciendo en Fermin cada dia mas y mas el fervoroso deseo de derramar su sangre por la fe de Jesucristo, noticioso de que el presidente Valerio, enemigo mortal del nombre cristiano, perseguía á los fieles en el Beauvais con extraordinaria crueldad, voló allá apresuradamente, no dudando encontrar con la suspirada corona del martirio. Con efecto, luego que llegó fué reconocido por cristiano; y habiendo sido denunciado como tal en el tribunal del presidente, fué encerrado de su orden en una horrosa cárcel. Pero no bastaron á satisfacer la insaciable sed que tenia de padecer, ni las incomodidades de la prision, ni los tormentos que le hicieron sufrir en ella. Perseveró preso y encadenado hasta la muerte del presidente Sergio, sucesor de Valerio, con cuya ocasion le pusieron en libertad los mismos ciudadanos. Aprovechándose de ella S. Fermin, predicó públicamente la fe de Jesucristo en Beauvais con tanta bendicion, y con tan felices sucesos, que se edificaron muchas iglesias. Corrió despues toda la Picardía, y una parte de los Países Bajos con el mismo zelo y con igual fruto en todas partes, hasta que en fin entró en Amiens, teatro destinado por la divina Providencia para dichoso término de sus apostólicas fatigas.

Luego que llegó, juntó un rebaño de que él mismo fué el primer pastor. En los tres primeros dias que predicó convirtió tres mil personas. No contribuian poco á tan admirables sucesos los milagros que acompañaban á su predicacion. No habia resistencia á las palabras del apóstol. Los idolos caian y se hacian pedazos á sus pies: los demonios dejaban los cuerpos que poseian solo con ponerse delante de S. Fermin: no habia enfermedad que al instante no curase invocando el nombre de la santísima Trinidad; y era tan crecido el número de los prodigios, que los gentiles le tenian por algun Dios, como en otro tiempo lo hicieron con S. Pablo y S. Bernabé. Resonaba en toda la ciudad el nombre y las maravillas del santo obispo. Llegó á

noticia del gobernador de la provincia (á quien algunos llaman Juliano) lo que pasaba en Amiens, y mandó arrestar á nuestro Santo. Teniéndole en su presencia, le preguntó en nombre de quién hacia los milagros; á qué respondió Fermin con santa intrepidez, que en nombre de Jesucristo, único Dios verdadero, y redentor de todos los hombres. Tomando despues ocasion para hablarle á fondo de nuestra sagrada religion, lo hizo con tanta valentia, con tanta elocuencia y con tanta majestad, que enamoró el mismo gobernador de lo que oia, mandó que le dejasen ir libre. Pero apenas salió del pretorio, cuando en la misma plaza de palacio comenzó á predicar la religion; de que informado el gobernador, encendido y atizado por los señores gentiles que estaban cerca de su persona, ordenó que echasen mano de él, y que le encerrasen en un calabozo, donde consoló Dios maravillosamente á nuestro Santo, revelándole que presto recibiría el premio de sus trabajos con la corona del martirio. Asi sucedió; porque al dia siguiente el gobernador, temiendo alguna sedicion, le mandó cortar la cabeza en la misma cárcel, lo que aconteció el dia 25 de setiembre, en que se celebra su fiesta.

Cierto señor, por nombre Faustino, á quien el Santo habia convertido, halló medio para apoderarse del cuerpo, que mandó enterrar en una de sus heredades, de donde poco tiempo despues fué trasladado á una iglesia que el mismo S. Fermin habia dedicado á nuestra Señora. Por muchos siglos permaneció desconocido el santo cuerpo en aquel lugar. En fin, despues de una larga serie de años, no sabiendo ya los cristianos donde paraba aquel precioso tesoro, Salbio, obispo de Amiens, hombre de eminente virtud, resolvió descubrirle, y para este fin recurrió á la oracion. Convocó al clero y al pueblo, intimó un ayuno general por espacio de tres dias, y exhortó á todos rogasen incessantemente al Señor que los descubriese el cuerpo de su santo apóstol, resolviendo el mismo no salir de la iglesia en aquel triduo, pasándole dia y noche en oracion delante del Señor. Oyó Dios sus piadosos deseos, porque al tercero dia antes de amanecer vió bajar de la bóveda del presbiterio un rayo de luz que caia perpendicularmente detrás del altar mayor, y allí se apagaba; por donde hizo juicio de que en aquel lugar debia estar la santa reliquia. Con efecto, habiendo mandado cavar en él, reconoció que al paso que se iba profundizando en el hoyo, exhalaba un maravilloso olor, que llenó de suavísima fragancia toda la iglesia. Crecia esta conforme se iba acercando el descubrimiento del santo cuerpo, que se encontró en fin en el mismo sitio don-

de habia estado oculto despues de seis siglos. Asegúrase que quiso el Señor acreditar la verdad de la sagrada reliquia con un estupendo prodigio. Es antigua tradicion de la iglesia de Amiens que habiéndose hecho el descubrimiento del santo cuerpo en el corazon del invierno, no obstante reverdeció de repente todo el campo, y los árboles aparecieron todos cubiertos de hojas. La iglesia donde se halló la santa reliquia fué la de Acheul, y desde ella se ordenó una procesion general para conducirla á la catedral. Nunca vió Amiens triunfo igual, ni mas cristiana magnificencia, haciendo Dios mas célebre la piadosa pompa con la multitud de milagros que obró por intercesion del santo mártir.

Nota del traductor.

«No debe hacer dificultad al lector que S. Saturnino hubiese convertido en su primer sermón dentro de la ciudad de Pamplona no menos que cuarenta mil personas. Hoy es ciudad reducida; pero consta de todos nuestros historiadores, que entonces era una de las mayores poblaciones de España, estando tan reciente su fundacion por Pompeyo, como que contaba poco mas de dos siglos.»

SAN FORMERIO, MÁRTIR.

SAN Formerio, á quien venera por su patrono la ilustre villa de Vañares en la provincia de la Rioja, segun nos dicen varios escritores apoyados en una constante tradicion y en monumentos de una respetable antigüedad, nació en Cerezo, hoy poblacion reducida á la misma provincia, la que antiguamente fué una ciudad numerosa conocida con el nombre de Cerasia ó Cerosia, del que se derivó el de Cerezo. Fué educado Formerio desde la cuna en la religion cristiana, y siguiendo fielmente todas sus máximas piadosas, arregló sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios. Quiso siendo jóven ascender á la cumbre de la mas alta perfeccion; y reflexionando que en su patria no podia libremente poner en ejecucion sus nobilísimas ideas, por hallarse en poder de los gentiles, distribuyó todos sus bienes entre los pobres de Jesucristo, y se retiró á una sierra inmediata á la villa de Cerezo. Cuando se vió en lugar tan separado de todo el comercio humano, se sintió mas que nunca encendido en el amor á los ejercicios eremíticos, y desde aquel punto se dedicó á la contemplacion de las grandezas divinas, y á la práctica de muchas ingeniosas mortificaciones; ocupando el tiempo so-

brante en el oficio de pastor de ciertas ovejas, cuyos frutos invertía en socorro de los necesitados.

Seguia Formerio lleno de placer aquel tenor de vida mas angelica que humana, y queriendo Dios valerse de él para que enseñase las infalibles verdades á muchos paganos, envió un ángel á que le instruyese en la doctrina revelada. Habilitado por este medio, comenzó á ejercer el oficio de predicador por toda aquella sierra; y como viesen los gentiles de los pueblos y aldeas de la comarca, que las fieras acudian al eco de la voz del ilustre misionero á oír la palabra divina, como pudieran los mas devotos racionales, y á recibir diariamente su bendicion; convencidos por esta portentosa maravilla, de que sin duda era verdadera y santa la doctrina que predicaba, la abrazaban gustosos, dejando los crasos errores del paganismo.

Suscitó por entonces el emperador Aureliano la nona persecucion de las diez primeras que padeció la Iglesia bajo el dominio de los príncipes gentiles; y siendo su empeño destruir si pudiese el nombre y la religion de Jesucristo, no contento con que Roma fuese el mas sangriento teatro, donde se sacrificaban cada dia innumerables victimas inocentes, envió por todas las provincias del imperio gobernadores idólatras, para que tuviesen cumplimiento sus impías intenciones. Cupo á la Rioja uno de estos ministros llamado Alejandro, celoso como el que mas en sostener á toda costa el culto de sus deidades quiméricas, y como los principales gentiles de la provincia se hallaban irritados contra Formerio, á causa de las muchas conquistas que hacia cada dia para Jesucristo, le delataron al gobernador por inobediente á los decretos de los príncipes del mundo, y por un clásico mago, como se acreditaba en el hecho de someterse á su disposicion las fieras, como si fuesen mansos corderos.

No oyó Alejandro sin irritarse la acusacion de los idólatras; y queriendo vengar el desprecio que hacia el ilustre predicador á los dioses romanos, dió orden á sus ministros para que lo prendiesen. Buscáronle estos con esquisitas diligencias por toda la sierra de Cerezo, y habiendo llegado á la pobre choza donde habitaba, como no le conocian, le preguntaron por Formerio. Respondióles el Santo: *Yo soy*, lleno de alegría; y saludándolos cortésmente, les rogó que descansasen, y ofreció á su disposicion cuanto tenia. Quedaron atónitos los emisarios al ver la serenidad, la dulzura y la mansedumbre del venerable eremita; pero aun se admiraron mas, cuando vieron concurrir las fieras á oír los sermones que les hacia, con cuyo motivo predicó tambien á los enviados. Temieron éstos ser despedazados, mas Formerio

les aseguró que no les causarian el menor daño, como lo experimentaron. Conocieron los ministros por aquel prodigio la eminente virtud del siervo de Dios; y manifestándole el orden que llevaban de su principal, le rogaron que se ausentase, que ellos protestarian no haberlo encontrado. Agradeció Formerio el favor que le hacian; pero reflexionando que en él se le privaba su mayor gloria, les dijo: *Sabed, hermanos, que no es justo que yo pierda la ocasion que Dios me prepara. Confésaos ingenuamente, que no temo los tormentos de Alejandro: soy cristiano, y debo confesar la fe que profeso ante los tribunales paganos; y así vamos inmediatamente á ofrecer al Señor mi vida en sacrificio.* Hizolo así; pero antes que partiese de la montaña, le envió Dios un ángel para que le manifestase lo mucho que habia de padecer por su amor, asegurándole que triunfaria gloriosamente en sus combates.

Presentaron los emisarios á Formerio ante el gobernador Alejandro, y comenzó á reconvenirlo de esta suerte: *Dime, ¿como siendo hijo de nobles padres has elegido una vida rústica, debiendo portarte como los que son iguales á tus circunstancias, mantenándote con ellos en el pueblo, y no en los montes con las fieras? Además de esto, ¿por qué eres tan osado, que no contento con profesar la religion del Crucificado, la predicas y enseñas, pervirtiendo con encantos á muchos que prestaban adoracion á nuestros dioses protectores del imperio, obrando contra los decretos de los príncipes del mundo? Tus pocos años solo pueden disculparte, y así trata luego de dejar la nueva religion que profesas, y de sacrificar á los dioses romanos, para que merezcas nuestra proteccion y nuestra amistad.* Negó Formerio la impositura de mago, y confesó que las maravillas que graduaban los gentiles por encantos, no las hacia por malas artes, sino por virtud de Jesucristo, en cuya religion fué educado, en la que le habia mantenido el Señor por su infinita misericordia; la cual solo era verdadera, pues reconocia por Dios al Criador del cielo y de la tierra, á quien debian amar, servir y adorar todas las criaturas, y no á las vanas estatuas á las que los idólatras tributaban culto bajo el velo de deidades quiméricas, siendo así que eran unos retratos de hombres y de mujeres torpes, que por sus enormes vicios estaban en los infiernos; y por lo mismo le añadió, que tuviese entendido, que jamás le separarian de la fe de Jesucristo todos los tormentos que pudiera discurrir su obstinacion.

Una respuesta tan generosa escitó la cólera del tirano de suerte, que no pudiendo contener la indignacion dentro del pecho, mandó á los verdugos que pusiesen al ilustre confesor en un potro ó